

El libro de Gonzalo viene, por lo demás, a enriquecer una bibliografía que no es muy extensa sobre la historia de la Juventud de Acción Católica, aunque en ella no faltan libros de interés, desde uno de Carlos Robles Piquer, ya difícil de encontrar, hasta otro muy reciente de Vicente Romero Muñoz, comentado en estas páginas. Esperemos que los estudios se multipliquen no sólo para despertar nobles recuerdos en algunos lectores mayores, sino para suscitar en todos una serena reflexión sobre algunos cauces del apostolado que la Iglesia descubrió en la segunda mitad del siglo pasado y que cabe aplicar, actualizados, en el siglo recién iniciado.

JOSÉ M.^a CASTÁN VÁZQUEZ

José Orlandis: Y VOSOTROS... ¿QUIÉN DECÍS QUE SOY YO? ()*

Nuestro admirado y querido amigo y colaborador de esta Revista, acaba de publicar este delicioso librito al que me refiero.

«Este pequeño libro –dice el autor– en el que se recogen algunas sencillas consideraciones, nos llevará a plantear una serie de preguntas: ¿en quién creemos?, ¿por qué tenemos fe en Jesucristo?, ¿por qué su imagen no envejece con el desgaste del tiempo? Y, más todavía, ¿es el Cristo actual el mismo en quién creyeron los primeros discípulos, aquel que permanece desde los comienzos y perdurará hasta el fin de los tiempos?»

Para responder va desgranando, Orlandis, lo que dijeron los primeros.

I.- El capítulo *Navidad*, comienza por el mensaje del Ángel de los pastores en Belén: «Hoy os ha nacido, en la Ciudad de

(*) Ediciones Rialp, Madrid, 2007, 74 pags.

David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor». Noticia que se enuncia en un lugar bien determinado y cronológicamente comprobable en la vida del mundo.

A los ocho días del nacimiento el niño fue circuncidado y le pusieron por nombre Jesús, como le había llamado el ángel, antes de que fuera concebido (Mt I, 18, 25). Cumplidos los días de la purificación de María, sus padres le llevaron a Jerusalén para presentarlo en el Templo. Vivía por entonces en la Ciudad un anciano justo y temeroso de Dios llamado Simeón, que había recibido la revelación de que no moriría antes de haber visto al Cristo, al Señor. Simeón acudió al Templo y, al entrar María y José con el niño, el anciano, temblando sin duda de emoción, tomó a Jesús en sus brazos y bendijo a Dios entonando una de las oraciones más conmovedoras que acompañaron la infancia de Cristo: «Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz según tu palabra; porque mis ojos han visto tu salvación». Simeón, un representante eximio de los «justos» que constituían el «resto de Israel», reconoció en el niño al Redentor y anunció en estos términos a María, su madre, la suerte que le aguardaba: «Mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel y para signo de contradicción, y a tu misma alma la traspasará una espada» (cfr. Lc II, 22-35). Una mujer, Ana, viuda e hija de Manuel, llegó entonces y unió su voz a «todos los que esperaban la redención de Israel» (Lc II, 36-38).

Los Magos son los terceros elegidos, como emisarios del mundo gentil. Llegaron a Jerusalén, sabiendo a quién buscaban y querían encontrar: «¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? –preguntaron– porque vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle» (Mt II, 1-3). Y al llegar a Belén, «entrando en la casa vieron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron; luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra» (Lc II, 11-12).

II.- El capítulo *La familia de Nazareth*, contempla la actitud de San José, al conocer la preñez de y, como era «justo» y no quería «exponerla a infamia, pensó repudiarla en secreto». Un ángel del Señor se le apareció entonces en sueños y le dijo: «no temas recibir

a María, tu esposa, porque lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo» (cfr Mt I, 18-20). «Al despertarse José hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado, y recibió a su esposa. Y sin que la hubiera conocido, dio ella a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús» (Mt I, 24-25). Y resolvió también huir a Egipto en plena noche, cumpliendo un nuevo mandato del Altísimo; el retorno a tierra de Israel lo realizó con una obediencia pronta, pero inteligente, que le hizo dirigirse a la región de Galilea, no a la de Judea, donde reinaba Arquéalo, como sucesor de su padre Herodes».

Juan Bautista, el Precursor de Jesús, dijo de éste: «Él es el que viene después de mí, a quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia» (Io I, 27). Y, señalando a Jesús que pasaba, anunció a sus discípulos y futuros apóstoles Andrés y Juan: «Éste es el Cordero de Dios» (Io I, 36).

El capítulo III, *María, Virgen y madre* comprende la Anunciación el «Magnificat» y los silencios de María y José, las bodas de Caná y las palabras de Jesús dirigidas a su madre y a Juan a los pies de la Cruz.

El capítulo IV, *¿Quién dicen los hombres?* Comienza con la pregunta que hizo Jesús a sus discípulos cuando llegó a la región de Cesarea de Filipo: «¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?» «Había quien le tenía por un embaucador, que engañaba a las turbas y pretendía estar por encima de la Ley y del Templo. Tal era el parecer de sus enemigos, los escribas y los fariseos, hombres religiosos pero con los ojos y los oídos tenazmente cerrados a la persona y enseñanzas del Maestro. Para la masa del pueblo, la visión era sin embargo muy distinta: Jesús sanaba a los enfermos, expulsaba a los espíritus malignos, daba de comer en el desierto a las muchedumbres, perdonaba los pecados y enseñaba con palabras de vida eterna. No era de extrañar que hubiera personas que pensasen si podría ser el Mesías, el restaurador del reino de David y libertador del Pueblo de Dios del yugo de los opresores romanos. Eso era lo que habían sospechado, entre otros, los discípulos de Emaús, que habían dejado la oscuridad de sus aldeas para embarcarse en tan apasionante aventura». A la respuesta de los discípulos recogiendo los pareceres más en boga: «Unos, que Juan Bautista»,

y ésa era justamente la opinión de Herodes: «Éste es Juan, a quien yo decapité, que ha resucitado» (Mc VI, 16). Otros siguieron refiriendo las voces que les habían llegado: podría ser Elías o Jeremías o alguno de los profetas: había opiniones para todos los gustos. Y fue entonces cuando el Señor les planteó la pregunta de forma más directa y comprometida: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Se hizo un silencio que sólo una voz se atrevió a romper: la de Pedro, proclamando solemnemente la divinidad de Jesús.

El capítulo V *Los discípulos ante la pasión y muerte de Jesús*, comprende la última cena, la oración de Jesús en el huerto de Jetsemaní y la huída de los discípulos. Éstos desde las horas que corrieron desde el atardecer del viernes hasta la mañana del domingo no sabrían qué pensar acerca de Jesús, porque sin atreverse ya a creer en Él y en sus palabras, lo cierto es que le seguían amando.

El capítulo VI, *Los discípulos y la resurrección de Cristo*, transita por el clima espiritual, primero, de desencanto de los discípulos y su convencimiento de la muerte del Maestro, después de su estupor ante el Cristo resucitado y, finalmente, su fe ante la evidencia, que culmina en el apóstol Santo Tomás.

El capítulo VII, contempla *La primera expansión de la Iglesia*, primero entre los judíos, y después a los gentiles.

El capítulo VIII *La conversión al Cristianismo*. Los prodigios que obraron los Apóstoles tras la venida del Paráclito fueron el argumento decisivo de la divinidad de Cristo, muerto por los hombres, resucitado y sentado a la diestra de Dios Padre, como lo contempló San Esteban protomártir antes de ser sacrificado (Act VII, 57-60). San Pedro, en el sermón al pueblo de Jerusalén, definía a Cristo con unas palabras que impresionan a los hombres de todos los tiempos, en especial, tal vez al del maestro, cuando se multiplican los riesgos para el gran don de Dios, que es justamente el don de la vida: «Habéis querido dar muerte al autor de la vida» (Act III, 15).

Jesucristo es el autor de la vida, tanto de la mortal como de la eterna, y en pos de la vida inmortal se lanzó a seguirle aquel que pretendía hacerse discípulo suyo. Las palabras de Pedro en respuesta al interrogante del Señor son una rotunda afirmación de la divinidad de Cristo, el Hijo Unigénito del Padre. Y, antes de su muer-

te, Marta, la hermana de Lázaro, le dijo a Jesús: «Yo creo que tu eres el Cristo, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo».

El capítulo IX *La vida de los primeros cristianos*, comienza contemplando su estilo de vida, siguiendo el Mandamiento nuevo, formando una comunidad fraterna. Orlandis se documenta en la carta a Diogneto y en «Apologías» a favor del Cristianismo, así como en el Evangelio de Juan VIII, 26 y XV, 12, unido al deber de trabajar como lo ilustra con las Actas XVIII, 2-3, la *Didaché* y el «Diálogo con Trifón» (88, 8) de San Justino, y la Eucaristía y los Ágapes, que ilustra a los *Hechos* y la *Dicascalia* de los Apóstoles, en san Ambrosio, en *Sobre los Sacramentos* y en Tertuliano, en su tratado *De Poenitentia* VIII, 4-X. Contempla asimismo el peligro del *Gnosticismo* a través de San Pablo (II Timoteo IV, 4) y observa que hasta tal punto parece grave el peligro sufrido, que historiadores de la Antigüedad cristiana han estimado que la victoria de la Iglesia frente al riesgo de inmersión por la Gnosis fue una de las mayores pruebas de su divinidad, de la verdad de la fe de Cristo.

La Iglesia hubo de reaccionar con energía y los escritores eclesiásticos, encabezados por San Ireneo, demostraron la incompatibilidad de las ideas «gnósticas» con la doctrina cristiana. En la defensa del Cristianismo frente a la «Gnosis» tuvo decisiva importancia la formación del «canon», donde, junto al Antiguo Testamento, figura el índice de los libros neotestamentarios reconocidos como Escritura Sagrada, y de cuya precisa fijación antes de que terminara el siglo II da fe el conocido «fragmento de Muratori». Se recurrió a la vez a la «tradición apostólica», fijando las series episcopales ininterrumpidas, que se remontaban hasta los Apóstoles y constituyen el único conducto legítimo y plenamente fiable de transmisión de la verdad acerca de Cristo y su doctrina. La imagen del Señor quedó conservada, sin fantasías o impropiedades, con sus rasgos genuinos, ante los fieles de los primeros siglos y de todos los tiempos; éstos pueden también responder con certeza y verdad en nuestros días a la pregunta que un día hizo Jesús y que a todos incumbe: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

El capítulo X *Cristianismo e Imperio Romano*. Por espacio de tres siglos, la regla de oro de los cristianos en el Imperio Romano,

fue la dada por Jesús: «Dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios» (Mt. XX, 21).

Parece sorprendente que una doctrina como la del Cristianismo, que proclamaba la fe de fidelidad ejemplar al Poder civil, hubiera de encontrar una implacable respuesta de hostilidad y persecución por parte de éste. Y más, si se tiene en cuenta cuán maleable supo ser en el aspecto religioso el Imperio romano. La razón estuvo en que el Imperio pidió a los cristianos lo único que éstos nos podían darle: la adoración, que sólo a Dios corresponde. Pedir al fiel cristiano la adoración a Roma y al Emperador, esto es el homenaje sagrado del culto, le ponía ante el dilema de tener que optar entre el martirio y la apostasía; y la respuesta no podía ser otra que la de san Pedro ante el Sanedrín: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Act V, 29). Las pruebas que sufrieron habían sido anunciadas ya por el Señor a los discípulos cuando les predijo que habrían de seguir las huellas del Maestro y les llamó «bienaventurados» por haber alcanzado la suprema bienaventuranza: «Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en el cielo» (Mt V, 11-12). Aun cuando se dieran diversas alternativas de mayor o menor rigor en la política anticristiana imperial, la situación se mantuvo legalmente inalterada durante cerca de tres siglos, hasta la concesión de la libertad a la Iglesia.

El capítulo XI *Los cristianos ante la opinión pagana*, comienza con el epígrafe «El chivo espiatorio», refiriéndose al incendio de Roma ordenado por el Emperador Nerón y del que culpó a los cristianos, desencadenando con esta falsa denuncia una persecución en el año 64 que llevó al martirio una «ingente multitud» –según el historiador Tácito– de cristianos. Sobre los cristianos se arrojaban las culpas de todos los infortunios y desventuras que afligían al pueblo. Tertuliano hizo una irónica pintura de tal estado de cosas, que quedó expresada en términos inolvidables: «No hay calamidad pública –escribió– de la que no tengan la culpa los cristianos... Si el Tíber crece y se sale de madre, si el Nilo no crece y no fecunda los campos, si el cielo no da lluvia, si tiembla la tierra, si hay ham-

bre, peste... un mismo grito en seguida resuena: ¡Los cristianos a las fieras!».

Esto constituyó «una epopeya de fe y heroísmo» según enuncia Orlandis en el último epígrafe de este capítulo. Señala la postura que en el siglo II formuló en un rescripto el Emperador Trajano, situación que se agravó desde mediados del siglo XII y culminó en los primeros años del siglo IV cuando se desencadenó la mayor persecución contra los cristianos, que fue también la última: la de Diocleciano.

Los dos últimos capítulos vamos a transcribirlos íntegros por la muestra de gran historiador que nos ofrece el autor, el XII, y por ser la síntesis de la respuesta a la pregunta que formula el libro, el capítulo XIII.

<<XII. EL MARTIRIO, TESTIMONIO DE FIDELIDAD Y AMOR A CRISTO SEGUIR LAS HUELLAS DE JESÚS

El martirio fue durante varios siglos el supremo testimonio de fidelidad y amor a Jesucristo, su Redentor, que hubieron de dar muchos cristianos. Los martirios, rodeados a menudo por el fanatismo de la plebe, no dejaron de suscitar a veces reacciones más nobles en otros contemporáneos. El heroísmo de los mártires, su fortaleza de espíritu eran patentes. San Agustín, en uno de sus Sermones, proclamaba su admiración ante los sufrimientos y la muerte de los mártires, en el tiempo todavía cercanos a él. «Fijaos –decía– en la gloria de los mártires. Si la muerte no fuese amarga, los mártires carecerían de toda gloria. Si la muerte se redujera a nada, ¿qué hicieron de grande los mártires al despreciarla?» (Sermo, 335B). La historiadora Marta Sordi, en su obra sobre los cristianos en el Imperio Romano, se hace eco de la postura de algunos espíritus más sensibles del siglo II, que reproban el fanatismo anticristiano de las masas. Ese era el caso de un médico, Galieno, de formación aristotélica que, pese a su paganismo, no ocultaba su admiración por la elevada conducta moral de los cristianos y su fortaleza ante la muerte, aunque les reprochaba sin mayor ensañamiento su «dogmatismo».

El testimonio de algunas «actas» de mártires, o bien de otros documentos equivalentes, dejaban bien de manifiesto cuáles fueron las motivaciones personales y el amor a Jesucristo que les impulsaban a afrontar la gran prueba del dolor y la muerte. Estas pruebas las sufrían por Él, por el Salvador que había dado su vida para ganarles la eternidad, por Jesús, Dios y hombre verdadero. Vale la pena evocar el recuerdo de algunos casos, por otra parte sobradamente conocidos.

Tres Testigos de Cristo

Cristo –se lee en la primera epístola de san Pedro– «padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas» (I Petr II, 21). Jesucristo es el ejemplo vivo para el mártir cristiano y su camino de amor. «Os escribo estando vivo –decía a los Romanos en el año 107 san Ignacio de Antioquia–, pero anhelando la muerte. Mi amor está crucificado». «Para mí –insistía– es ahora cuando comienzo a ser discípulo... Dejarme ser alimento de las fieras... Trigo soy de Dios que ha de ser molido por los dientes de las fieras, para ser presentado como pan limpio de Cristo» (Ad Romanos III, 2-7).

Medio siglo más tarde –en el año 156– el relato del martirio del obispo san Policarpo de Esmirna presenta la imagen de un hombre que vivía sólo para Dios y que ofreció por Él el mejor tesoro que podía ofrecerle: el martirio, coronación de una larga vida de fidelidad. Su respuesta al procónsul que le ofrecía la libertad a cambio de renegar de Cristo es de una sencillez conmovedora: «Hace ochenta y seis años que le sirvo y ningún mal me ha hecho, ¿cómo puedo blasfemar de mi rey, a quien debo la salvación?». Y Policarpo, condenado por su fidelidad a Cristo, fue quemado vivo. La oración que brotó de sus labios antes del suplicio es una elocuente testimonio de la razón de su muerte: «Te alabo y te glorifico, por medio del eterno y celestial sumo sacerdote Jesucristo, tu Hijo amado, por el cual, y juntamente con el Espíritu Santo, sea para ti la gloria por los siglos venideros» (Martyrium Policarpo, I, 1-XVI).

Estas bellísimas oraciones martiriales no pueden hacer olvidar el dolor y hasta el dramatismo que demandaban las pruebas de

fidelidad a Cristo, que resplandecían en las «Actas» del martirio de las santas Perpetua y Felicidad. Los sentimientos de santa Perpetua, joven madre de 22 años, martirizada en el año 203, quedan fielmente recogidos en el diario de su prisión, escrito hasta la víspera del suplicio.

El padre de Perpetua, que era pagano, trató de quebrar la fidelidad de la hija en el juicio. «Compadécete, hija mía, de mis canas –le rogaba–, compadécete de tu padre... Mira a tu hijito, que no ha de poder sobrevivirte». «Y yo estaba transida de dolor por el sufrimiento de mi padre», dice Perpetua, dando rienda suelta a sus sentimientos. La prueba se repitió todavía en mayor grado cuando llegó el momento decisivo de la última comparecencia. «De pronto apareció mi padre con mi hijito en los brazos», y el procurador Hilariano habló así a Perpetua: «Ten consideración de las canas de tu padre, ten compasión de la tierna edad del niño. Sacrifica por la salud de los emperadores». «Y yo respondí: no puedo». Hilariano preguntó: «Luego ¿eres cristiana?». «Y yo respondía: sí, soy cristiana». ¿Qué significaba para los mártires cristianos Jesucristo, por quien era un deber de conciencia sacrificarse y sacrificarlo todo? La respuesta a este interrogante corresponde darla en el último capítulo de este libro.

XIII. TÚ ERES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO

Comenzábamos estas páginas –dice Orlandis– con aquella pregunta inquietante del Señor. Y al margen de los rumores y las «opiniones», siguió otra pregunta todavía más directa e incisiva: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». La respuesta brota de los labios de Simón Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt XVI, 15-16). Es la respuesta que dice la verdad porque no ha estado inspirada en un dictamen de la razón, bajo el influjo de consideraciones humanas de conveniencia; porque su fundamento es la autoridad del Padre: «no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mc XVI, 17). Es el Jesús verdadero, tal como lo afirma la fe de Pedro, que es la fe de la Iglesia, porque el Señor le confiaría para siempre la misión de confirmar a sus hermanos (cfr Lc XXII, 31-32).

En nuestros días muchos hombres han perdido la imagen genuina de Jesús, que han tomado como un innovador social, con la misión primordial de implantar una mejor justicia en la tierra; o bien —y eso es lo más engañoso— influídos por el esoterismo que trata de rellenar con mitos el vacío dejado por la verdad, desfiguran la imagen del Señor y la presentan con rasgos falsos, cuando no irrespetuosos y deformes. Muchos de los católicos de hoy necesitan recuperar la fe en la verdad de su religión, volver a leer con admiración el Evangelio y sorprenderse al reconocer al verdadero Jesucristo.

Entonces conocerán y creerán que en un determinado día de la historia, bajo el imperio de César Augusto y siendo Quirino gobernador de Siria, nació en Belén de Judá un niño que fue anunciado así por el Ángel del Señor: «Hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor» (Lc II, 11). Quizá convenga insistir en ello, porque el mayor obstáculo para la fe de algunos tal vez provenga de un rechazo más o menos sutil del Dios hecho hombre, de la realidad de la Encarnación. Este Jesús, al comienzo de la vida pública, en el bautismo, recibió el testimonio del Padre: «Éste es mi hijo, el Amado, en quien me he complacido» (Mt III, 17). La misma declaración que resuena en el monte de la Transfiguración: «Éste es mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido: escuchadle». Y los discípulos, «al alzar los ojos no vieron a nadie; sólo a Jesús» (Mt XVII, 1-9).

La fe de Pedro encuentra un eco fiel, inspirado también, sin duda, desde lo alto, en la fe de Marta, la hermana de Lázaro y una de las Santas Mujeres. En su respuesta a Jesús, antes de la resurrección de su hermano, proclama: «Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo» (Io XI, 27). Ésta fue la fe de los discípulos, transformados por el juego de Pentecostés. Ésta es la verdadera imagen de Jesús, en quien creyeron los cristianos de los primeros siglos y por Él dieron la vida los Mártires. Ésa fue siempre, y sigue siendo hoy, la fe de la Iglesia: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». La confesión de Pedro nos da la imagen plena del Señor, el Cristo de la fe y de la historia. Él es nuestro Salvador, el que ha de instituir el Reino de Dios en la tierra y abrir a los hom-

bres los caminos de la vida eterna. Jesús, el gran libertador, que compartió con nosotros los hombres la carne y la sangre, «para destruir con la muerte el poder de la muerte, es decir del diablo, y liberar así a todos los que con el miedo a la muerte, estaban toda su vida sujetos a servidumbre» (Hebr II, 14-15). Jesús es nuestro Redentor.

JUAN BERCHMANS VALLET DE GOYTISOLO

Cardenal Antonio María Rouco Varela: LA CUESTIÓN ÉTICA ANTE EL FUTURO DEL ESTADO (*)

Contiene este volumen el Discurso que el Emmo. y Rvmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela pronunció en el solemne acto de su investidura como Doctor *honoris causa* por la Universidad CEU San Pablo el 16 de junio de 2006. La publicación, ciertamente cuidada, nos ofrece también los demás discursos que en dicho acto se pronunciaron.

La primera intervención recogida es la del profesor Dalmacio Negro Pavón, Numerario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, quien haciendo la *Laudatio* del Cardenal resumió los hitos principales de su fecunda vía y analizó los puntos esenciales de su ideario. Definió al Dr. Rouco como “un gran jurista de la llamada Escuela de Munich, renovadora del Derecho canónico” y recordó su labor magistral en Alemania y en España, compatibilizada con una activa labor pastoral en ambos países. El prestigio de Rouco ha tenido el más alto reconocimiento en 1998, cuando S. S. Juan Pablo II le creó Cardenal de San Lorenzo in Dámaso, incorporándolo a las Congregaciones del Clero y de la Educación católica.

(*) Madrid , CEU Ediciones, 2006, 63 págs.